

Leer es para mí lo que para Samuel Johnson: todo lo que nos hace olvidar el aquí y el ahora, todo lo que nos aleja de nuestra circunstancia personal, todo lo que nos ennoblece, todo lo que nos mejora. Y el placer privado de poseer un libro.

**Jorge Luis Borges**  
(1899-1986)



## Vicios solitarios

**El sol muerto de risa**  
Por Sergio de Régules  
Ed. Pangea  
168 pp.

*El sol muerto de risa* es un libro es muy interesante porque te permite descubrir lo que es el universo y el sistema solar, nos dice que la tierra no es ni un granito de arena en el mar. También te puedes enterar de lo que pensaban antes las personas sobre el universo, la tierra y el sol. Así que te invito a leerlo. (Angélica Rodríguez Rodríguez, 14 años)



**Los fabulosos dinosaurios jurásicos**  
Ed. Arquetipo  
63 pp.

Yo les recomiendo mucho este libro porque te da mucha información y tiene muchos dinosaurios. Te dice cuánto pesaban, cuánto medían y cuántos años vivieron, qué comían y si eran carnívoros o herbívoros, grandes o chicos y en dónde vivieron. (Eliseo Sánchez Arias, 8 años).

No sé hasta qué punto mi experiencia es común a todos, pero en mis hijos he observado el pasmado tormento del aprendizaje de la lectura. Ellos, al menos, comparten mi experiencia.

Recuerdo que las palabras —manuscritas o impresas— eran demonios, y los libros, que tanto me torturaban, mis enemigos.

Cierta literatura impregnaba la atmósfera que respiré. Absorbí la Biblia por los poros. Mis tíos sudaban Shakespeare, y el *Pilgrim's Progress* de Bunyan vino mezclado con la leche de mi madre. Pero esas cosas me entraron por los oídos. Eran sonidos, ritmos, imágenes. Los libros eran demonios impresos, las pinzas y las empulgueras de un suplicio ultrajante. Hasta que ocurrió que una tía, con fatua ignorancia de mis rencores, me regaló un libro. Contemplé con odio la impresión en negro, y luego las páginas paulatinamente se abrieron y me permitieron la entrada. El prodigio ocurrió. La Biblia, Shakespeare y el *Pilgrim's Progress* eran patrimonio común. Pero este libro era mío. Era un ejemplar ilustrado de la *Morte d'Arthur* de Thomas Malory según la edición de Caxton. Adoré la anticuada ortografía de las palabras, y también las palabras en desuso.

Es posible que haya sido este libro el que inspiró mi fervoroso amor por la lengua inglesa. Descubrir paradojas me deleitaba: que *cleave* significa tanto unir como separar; que *host* alude tanto a un enemigo cuanto a un amigo hospitalario; que *king* («rey») y *gens* («pueblo») proceden de la misma raíz. Por un tiempo, gocé de una lengua secreta: *yclept* y *hyght* para decir «llamado», *wist* para «conocer», *accord* para decir «paz», *entente* para decir «propósito», y *fyaunce* para decir «promesa». Moviendo los labios, pronunciaba la letra llamada «thorn» como una «p», a la cual se parece, y no como una «th». Pero en mi pueblo, la primera palabra de *Ye Olde Pye Shoppe* («La vieja pastelería») se pronunciaba *yee*, así que supongo que mis mayores no estaban mucho mejor que yo. Fue sólo mucho más tarde cuando descubrí que la «y» sustituía a la «thorn» perdida. Pero al margen de que fueran gloriosas y secretas —*And when the chylde is borne lete it be delyvered to me at yonder privy posterne uncrystened* («Y cuando nazca el niño, séame entregado sin bautizar en aquella poterna secreta») —, yo, curiosamente, conocía las palabras de tanto susurrármelas a mí mismo. La misma extrañeza del lenguaje bastaba para hechizarme y sumirme en una escenografía antigua.

Y esa escenografía enmarcaba todos los vicios que hubo siempre, además del coraje, la tristeza y la frustración, y sobre todo el heroísmo, acaso la única cualidad humana forjada por Occidente. Creo que mi percepción del bien y del mal, mi sentimiento de *noblesse oblige*, y todas mis reflexiones contra los opresores y a favor de los oprimidos provinieron de este libro secreto. Este libro no ultrajaba mi sensibilidad como casi todos los libros infantiles. No me asombraba que Uther Pendragon codiciara a la mujer de su vasallo y la tomara mediante engaños. No me asustaba descubrir que había caballeros malignos además de caballeros nobles. También en mi pueblo había hombres que lucían los hábitos de la virtud pero cuya maldad me era conocida. En medio del dolor, la pesadumbre o el desconcierto, yo volvía a mi libro mágico. Los niños son violentos

## Este libro era mío\*

□ John Steinbeck □

Hay muchas personas que olvidan, cuando crecen, lo mucho que les costó aprender a leer. Quizá se trate del mayor esfuerzo emprendido por un ser humano, y debe afrontarlo cuando niño. Un adulto rara vez sale triunfante de esa empresa, la de reducir la experiencia a un orbe de símbolos. Los seres humanos han existido durante mil millares de años, y sólo han aprendido esta artimaña —este prodigio— en los diez últimos millares de los mil millares.

y crueles, y también bondadosos; yo era todas estas cosas y todas estas cosas estaban en el libro secreto. Si yo no sabía escoger mi senda en la encrucijada del amor y la lealtad, tampoco Lanzarote sabía hacerlo. Podía comprender la vileza de Mordred porque también él estaba en mí; y también había en mí algo de Galahad, aunque quizá no lo bastante. Pese a todo, también estaba en mí la apatencia del Grial, hondamente arraigada, y quizás aún lo esté.

Más tarde, como el hechizo perduró, acudí a las fuentes: al *Libro negro de*

*Caernarthen*, al «Mabinogion y otros cuentos galeses» del *Libro rojo de Hergist*, al *De Excidio Britanniae* de Gildas, a la *Giraldus Cambrensis Historia Britonum*, y a muchos de los *Frensshe books*, los «libros franceses» de que habla Malory. Y con las fuentes, leí los sondeos y tanteos de los especialistas —Chambers, Sommer, Gollancz, Saintsbury—, pero siempre volvía a Malory, o quizá debería decir al Malory de Caxton, puesto que ése era el único Malory que había hasta hace más de treinta años, cuando se anunció que un manuscrito desconocido de Malory se había descubierto en la Biblioteca del Winchester College.

Durante mucho tiempo quise verter a la lengua moderna las historias del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Esas historias perduran hasta en aquellos que no las leyeron. Y es posible que hoy día nos impacienten las viejas palabras y los solemnes ritmos de Malory. No todos comparten mi inicial y persistente fascinación por esas cosas. Quise verterlas a la lengua llana de hoy en día para mis jóvenes hijos, y para otros hijos no tan jóvenes, verter el significado de esas historias tal como fueron escritas, sin excluir ni añadir nada, quizá para competir con las distorsiones del cine y la historia, que constituyen la única fuente accesible para esos muchachos y para otros que se impacientan con la escritura de Malory y con el uso de palabras arcaicas. Si puedo hacerlo y, a la vez, preservar la maravilla y la magia, me daré por contento y satisfecho.

\*Fragmento de la introducción a *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros*, Ed. Hermes, México, 1983.



*Lectura en el bosque.* Fragmento. Óleo sobre lienzo de Eva Gonzalès, 1879.